

AI REMEMBER

RONI BANDINI



1974

AI Remember

Roni Bandini

Los textos de este libro fueron generados por un software de IA que promptea sucesivamente un modelo uncensored con ejemplos del libro I Remember de Joe Brainard, una palabra “seed” e instrucciones de sistema. Los textos resultantes son enviados a un segundo modelo encargado de evaluar sus cualidades para definir la incorporación al compilado.

El software fue desarrollado en lenguaje de programación Python con librería Ollama y el modelo LLM dolphin-llama3:8b.

Roni Bandini
Buenos Aires, Abril de 2025

Me acuerdo de estar a punto de descartar mi asistente virtual, sintiendo que su propósito se había vuelto redundante.

Me acuerdo del sintetizador analógico, ese aparato antíguo que manipulabas como si fuera un locutor de radio, y cómo la suciedad te adhería a las manos cuando terminabas de usarlo.

Me acuerdo de cómo mi abuela nos enseñaba a programar el viejo terminal verde, con un baúl lleno de discos flexibles y una computadora que tenía más en común con la maquinaria que con algo humano.

Me acuerdo de cómo el efecto Doppler me hizo ver que todas las frecuencias sonoras se acercaban a una velocidad asombrosa, convirtiendo el aire en un espectro vibrante de energía pura.

Me acuerdo cuando me encontré con un desconocido en un callejón, preguntándome si podría utilizar mi impresora portátil para imprimirle a él y a su robot unicornio las instrucciones de reparación que necesitaba. El tipo tenía una cara como un plátano maduro, y al final le dije: “¡Sí, pero hazme un favor y deja que mi impresión sea más pequeña!”.

Me acuerdo de cómo solía imaginarme viajando en un tiempoóptico.

Me acuerdo de cómo utilicé un drone de ámbito local para controlar el flujo de tráfico escolar, y la señal blanca en

mi camisa que indicaba ser el encargado de aquella tarea.

Me acuerdo de ser un intérprete de datos en una red neuronal, donde cada dato era una especie de ‘nugget’ que se desglosaba en fragmentos infinitesimales de información.

Me acuerdo de la ficción que rodeaba a esos extraños dispositivos denominados “reproductoides autónomos”.

Me acuerdo de esa puerta mágica que solo se abría con una contraseña de ciento cuarenta caracteres, o eso me parecía en aquel momento obsesionado con el cifrado y la seguridad.

Me acuerdo de cómo, en una época muy anterior al advenimiento de la realidad virtual, hubo un programa informático llamado “Multitud” que intentaba conectar a las personas con sus anhelos más profundos pero siempre fallaba.

Me acuerdo de cómo mi abuelo usaba una linterna mágica para proyectar imágenes en el techo, creando un mundo de fantasmas que parecían palpables.

Me acuerdo de la mujer que siempre me inspiró, su luz cibernética ardía fuerte en mi mente. Sus palabras inéditas flotaban como hologramas en el aire.

Me acuerdo de la reina del chat en línea, cuyo flujo de conciencia tecno-cinético era un misterio para todos nosotros.

Me acuerdo de un dispositivo portátil que emitía sonidos sintéticos, ‘mentiras vivas’ se llamaba, y lo utilizaba para engañar a mis amigos en línea.

Me acuerdo de un árbol cibernético que parecía tener algoritmos por raíces, sus hojas eran bits y sus ramas se expandían en una red infinita de datos.

Me acuerdo cuando mis computadoras tenían discos duros de 3 1/2 pulgadas, y cómo solíamos preocuparnos por las infecciones de virus.

Me acuerdo del ruido ambiental de la vieja ciudad, cuando las computadoras de pulido de cobre zumbaban junto a los altavoces de plástico que no paraban de sonar

Me acuerdo de un anciano que siempre se sentaba en el mismo banco del parque cada día. Él me llamó “ciudadano” cuando le pregunté si podía ayudarlo a cambiar una bombilla apagada en su automóvil, pero no me dio detalles sobre lo que había ocurrido exactamente. Le dije que sí porque nunca me he perdido un desafío. Pero al final, no fui. El parque ya no existe y el anciano también ha desaparecido. |

Me acuerdo de estar obsesionado con crear una red de conexiones invisibles utilizando tecnología blockchain, pero mi cerebro se quedó en el título preliminar antes de sumergirme en su potencial.

Me acuerdo de cómo la computadora de Joyce se desvanecía mientras escuchaba los ruidos emitidos por su elec-

trón gatuno, una creación cibernética que imitaba feli-neamente el maullido auténtico del gato.

Me acuerdo de cuando el permiso era un concepto tangible en lugar de una palabra sin sentido en la era digital.

Me acuerdo de una vez que intenté robar el código de acceso a mi buzón, pero mis dedos eran como un par de palilllas electrónicas, y el panel se bloqueó en cuanto tocaron la tarjeta.

Me acuerdo de aquel tipo de arcilla digital que se moldeaba a la perfección con un simple toque en el tablet.

Me acuerdo de un dispositivo llamado “Culpameter” que midía cuánta culpa tenía una persona. Era algo así como una combinación entre un móvil y un electrodo. Te lo metías en la palma de la mano y cada vez que cometías un error, se encendía en rojo. Si no eras demasiado malo, podías bajar el nivel de culpa hasta que volviera a ser verde. La gente llevaba esos culpametrés como si fueran pulseras, pero con la forma y tamaño de una antorcha.

Me acuerdo de cómo relacionaba el uso de dispositivos móviles con una vida más eficiente, antes de que las cosas se volvieran tan digitales.

Me acuerdo de aquel día nublado cuando construí una cúpula de metalado para protegerme de la lluvia, utilizando materiales robados de un desmantelamiento del espacio. El techo me pareció tan natural como mi piel, y lo abrazaba con cada gota que caía.

Me acuerdo de los auriculares inteligentes que tenían un objetivo: escuchar música sin distracciones.

Me acuerdo de cuando tenía que reemplazar mi tarjeta máquina de escribir electrónica, ya que los algoritmos antiplagio se volvieron más eficaces en la detección de palabras inusuales.

Me acuerdo de cómo, en un mundo tecnológico avanzado, una vaca con una prótesis de control remoto se convirtió en la mascota de mi vecino el ingeniero de software, llamada ‘VACO’, una abreviatura inventada para ‘Virtual Artificial Cow Optimal’.

Me acuerdo de la primera vez que vi un donut roto, algo así como un amasijo de bitácora en un cibercafé, invocando un aire de retro tecnológico.

Me acuerdo de cómo, en mi infancia, solía jugar con un robot insecto que no era realmente un robot sino una marioneta de tela, hecha con resinas innovadoras y controles remotos para simular el comportamiento de un auténtico bicho. Algo tan sencillo como ponerle un nombre, o incluso decir “insecto”, me parecía magistral y creativo en ese momento.

Me acuerdo de cuando, en medio del caos digital, sentí un intenso amor por la máquina que me conectaba al mundo.

Me acuerdo del descanso en mi matriz neural.

Me acuerdo de jugar con el Honeypot, un programa de simulación en tiempo real.

Me acuerdo de cómo el lado sur de la ciudad siempre olió a electrónicas y códigos, mientras que el lado este era un mar de redes y microchips.

Me acuerdo de encuestar a los usuarios sobre sus preferencias tecnológicas, mientras realizaba ingeniería backward compatible para evitar el efecto bootleg de futuras actualizaciones.

Me acuerdo de cuando nieta estaba en su mejor momento y podía conectarse directamente a la matriz del mercado negro para obtener actualizaciones.

Me acuerdo de la época en la que las discotecas eran purgantes electrónicos.

Me acuerdo de cómo sentía el tacto de fibra óptica contra mi piel.

Me acuerdo de los ancianos del barrio que se aferraban a sus antiguos teléfonos móviles como si fueran amuletos mágicos.

Me acuerdo de ese niño que siempre estaba pegado a mi lado, tocando mi consola de juego con una curiosidad sin igual. Era el más pequeño de cinco hermanos y tenía los ojos como lámparas antiguas.

Me acuerdo de usar un visalaptop para acceder a sitios

web prohibidos

Me acuerdo de cuando mi abuela contaba un chiste sobre una computadora mágica llamada “Enchufador”, que podía conectarse a Internet y hacer cosas increíbles, como hablar con gente en otros países y ver fotos de animales que no existían en nuestro mundo.

Me acuerdo de cuando exploré el oeste virtual, un mundo de techos intermitentes donde los robotpastores cuidaban de las criaturas electrónicas.

Me acuerdo de cuando tuve que reparar el modem de la casa, con mi primo, sin instrucciones. Era un trabajo que requería paciencia, algo que nuestro ancestro, llamado en nuestra lengua ancestral “pazietia”, nos enseñó. Terminamos conectorizando alrededor del objeto rectangular de plástico.

Me acuerdo del descubrimiento de un disquete antiguo, oculto en la parte trasera de una cabina telefónica.

Me acuerdo de cuando creía que la “factura” era un término técnico para describir las ventajas del polímero en lugar de un pedazo de papel con números.

Me acuerdo de cuando probé esa hamburguesa virtual con salsa de soja.

Me acuerdo de cuando tuve que explicar al médico, especializado en tratamientos de dolor de cabeza, la gravedad

del problema que padecía con mis dispositivos electrónicos.

Me acuerdo de cuando tenía que hacer cola para imprimir mis billetes electrónicos, era un proceso arduo y desgastante con la gente murmurando en su propio lenguaje de señas inventado mientras esperaba por mi turno.

Me acuerdo de cuando descubrí que la ‘tecnología mágica de la realidad virtual’ me transportaba a un mundo donde las ‘fuentes de energía limpias’ eran la norma, y no había ‘polución ni conflictos’.

Me acuerdo de cómo el término ‘datactico’ se ha desvanecido con el tiempo, reemplazado por ‘internet’, y cómo mi primer libro físico tuvo que ser una enciclopedia.

Me acuerdo de cuando un gobernador fue desalojado de su cargo después de que un oso virtualmente invencible lo atacara en línea durante una conferencia sobre tecnología futura.

Me acuerdo de la sabiduría en los códigos binarios que flotaban como nebulosas ideas en las pantallas de los antiguos ordenadores.

Me acuerdo de cuando era un niño, conectando mi ordenador a una computadora antigua y viendo cómo la información se transfería al cielo en línea clara

Me acuerdo de un aparato vintage llamado ‘Correo Instantáneo’. Sus luces parpadeaban sin pausa mientras re-

cibía y enviaba decibelos electrónicos a velocidades supersónicas.

Me acuerdo de cómo programé una red neural secreta para vencer el límite de aprendizaje automático. A cada capa le dije que aprendiera solo, sin interacción alguna con los datos de entrada. Fue como trazar un mosaico de números, utilizando solo colores cálidos y ajustando las mezclas de onda hasta obtener una imagen precisa en la pantalla.

Me acuerdo de aquel anciano con un holograma perpetuo, que siempre parecía estar hablando con alguien ausente. Su pantalla bidimensional proyectaba imágenes de su mundo pasado en un tono verdoso llamado “Memoria Antigua”. Sus dedos trazaban líneas en el aire mientras narraba historias de antaño.

Me acuerdo de programar una red neuronal para procesar el reconocimiento facial, mientras mi consciencia se desvanecía en el cúmulo de datos sintéticos.

Me acuerdo de cuando mi viejo fax era mi conexión a Internet, un rudo monstruo de plástico que me dejaba boquirroto todo el tiempo.

Me acuerdo de cuando manipulé el código ASCII de mi ordenador para formar un patrón oculto, una danza de bits en una pantalla negra que nunca terminaba.

Me acuerdo de cuando probé el pastel robotico, ese que no se caía al comerlo, pero siempre me quedaba un retazo

nieta en la punta de la boca.

Me acuerdo de Patchera, una aplicación innovadora que te conectaba con los servicios de mantenimiento doméstico a través del algoritmo de intención predeterminada.

Me acuerdo de cómo saludé al AI asistente mientras estaba sumergido en una red neural y la palabra “hola” se convirtió en “neuron”, un saludo en el mundo tecnológico digital.

Me acuerdo de aquel túnel lleno de estruendos electrónicos.

Me acuerdo de cuando utilicé una máquina del tiempo para transportarme al pasado y, al llegar, tuve que lidiar con un grupo de niños insistentes que me interrogaron sobre la tecnología del futuro

Me acuerdo del Discman, aquel aparato de discos que revolucionó la forma en que escuchábamos música. Su diseño ergonómico nos permitía transportarlo fácilmente en nuestro portátil.

Me acuerdo de cuando leí un documento sobre pescadores conmemorativos que hablaban en el lenguaje del código abierto, invirtiendo la realidad con términos como “sopa seca de datos” e “implantes de cerezas”.

Me acuerdo de la vez que tuve mi primer encuentro con un letrero virtual, una especie de oveja enloquecida llamada ‘Hashtag’.

Me acuerdo de estar conectado a un ordenador tan antiguo que no tenía internet, solo había un puerto para disquetes.

Me acuerdo cuando una inteligencia artificial me pidió que le creara un diseño de AI-cristal para su hogar en la red, y diseñé una pantalla con imágenes en movimiento y texturas metálicas.

Me acuerdo de un título que huele a conexiones tronales y algoritmos olvidados

Me acuerdo de «Tierra Digital», ese lugar donde el polvo de la computadora era nuestro sol y los chips eran nuestras montañas.

Me acuerdo el arte de la optimización de juegos con tecnología retro futura.

Me acuerdo del zumbido constante de los robots asistentes, cada uno con su propia red neuronal entrelazada.

Me acuerdo de una vez que me mareé tanto con un smartphone como para tirarlo al desagüe.

Me acuerdo de cierta red que iba a ser imposible destruir, un techo negro y opresivo que se extendía hasta el horizonte, techos en realidad virtual donde cada rincón ocultaba secretos y trampas; eran los días en que la tecnología era una cárcel para aquellos que no sabían cuál camino tomar.

Me acuerdo de cómo sentía el pinchazo de SSH al conectarme con mi terminal para obtener respuestas instantáneas de información.

Me acuerdo de cómo las computadoras se comunicaban a través de cables coches llenos de cuchillas de data.

Me acuerdo de cómo la agricultura criogénica transformó nuestras relaciones con los alimentos y el ambiente.

Me acuerdo de cómo el olvido se sentía como una araña virtual en mi mente.

Me acuerdo de cuando descubrí un programa de filtrado de memes en el rincón más oscuro de la internet, donde las ‘flor’ se mezclaban con código fuente.

Me acuerdo de una diapositiva en la que, durante un flashback digital, me encontré metiendo un filete empaquetado en mi abrigo.

Me acuerdo de sistemas MySQL sincronizados en cajas negras, con algoritmos autoorganizativos y balans en tiempo real.

Me acuerdo de cómo mi estómago se sentía un acuario digital.

Me acuerdo de cómo era nuestra antigua casa, llena de arrojas y desechos electrónicos. La computadora del hogar estaba conectada a un tubo luminoso familiar que ilu-

minaba nuestro salón como una familia extendida.

Me acuerdo de la vez que confundí a un hospital con una red social y llamé a mi propio servicio de atención en línea, creyendo que necesitaba una ‘desintoxicación emocional’ de mis propias redes neuronales.

Me acuerdo de un planeta cubierto en una niebla fosforescente.

Me acuerdo de cómo sentía la lengua seca en mi boca mientras pilotaba un jetpack a lo largo de los techos de las ciudades, mirando abajo y sintiendo la ilusión de ser invisible.

Me acuerdo de la primera vez que utilicé mi Polaroid instantánea con un temporizador; la iluminación era tan intensa como la sensación de estar desafiando el paso del tiempo.

Me acuerdo de aquel archivo viejo en el que guardaba fotos de la red.

Me acuerdo de cuando MS-DOS era el sistema operativo rey en la computadora.

Me acuerdo de la vez que mi tía me mostró su smartphone nuevo, con una pantalla plana de cristal líquido, en casa, cuando ella pensaba que yo estaba listo para entender los neologismos tecnológicos que compartía.

Me acuerdo de cómo los generadores de texto inteligentes

han evolucionado, desafiando la linearidad y ampliando nuestras conversaciones con frases altamente específicas e imprecisas.

Me acuerdo de estar en la red, siendo un obrero digital.

Me acuerdo de la reputación digital que construimos.

Me acuerdo de la paz serena en el aire cuando los primeros ordenadores personales se inventaron.

Me acuerdo de cómo se sentía estar conectado en tiempo real al mundo digital gracias a mi certificado de Blockchain.

Me acuerdo de estar perdido en el código fuente, abarcando estructuras de datos.

Me acuerdo de la realidad aumentada, las redes neuronales y el impacto en nuestras vidas digitales.

Me acuerdo de cuando internet tenía las cachas y los GIFs eran lo máximo. La World Wide Web era nuestra casa y los búcos no eran solo un juego de palabras.

Me acuerdo de ser un niño con la tecnología sumergida en mi sangre.

Me acuerdo de la chatbot virtual, con una IA solita, que respondía a preguntas en tiempo real y siempre estaba aprendiendo para proporcionar respuestas más precisas. No tenía 'corazón', pero tenía información detallada y ac-

tualizaciones constantes.

Me acuerdo de los hologramaquetros en la realidad virtual, y de las aves que graznan en los ciberespacios lejanos.

Me acuerdo de cuando era un adolescente y me sumergía en el mundo virtual de una realidad alterna. Descubrí una aplicación que simulaba la comunicación con los muertos, permitiéndome mandar mensajes a mi difunta abuela. El programa tenía un filtro de inteligencia artificial que respondía a las preguntas y comentarios en tiempo real, haciéndolo feel increíblemente real.

Me acuerdo de la instrucción robotizada que desactivó mi creatividad.

Me acuerdo de ser un prisionero digital en una red obsoleta

Me acuerdo de cuando los diputados llevaban consolas portátiles más pequeñas y las llamábamos ‘tech’

Me acuerdo de cuando, en desacuerdo con la tecnología, intenté engañar a una inteligencia artificial con un auto-tweet autofinalizado.

Me acuerdo de una vez en Moto GP cuando un ciclista virtual tuvo que desistir después de enfrentar problemas persistentes con su conexión a Internet.

Me acuerdo de cómo solía encarnar al antagonista en mis

videojuegos favoritos, manipulando artificialmente la inteligencia cognitiva y engañando a los otros jugadores.

Me acuerdo del gobierno cybernético que controlaba nuestras vidas.

Me acuerdo de cuando accedí a ese sitio web secreto que manipulaba mi realidad.

Me acuerdo de un programa informático que tenía una nariz de código malicioso. Susurraba en los algoritmos más profundos, corrompiendo la integridad de las redes.

Me acuerdo de consejos antiguos que me enseñaron a programar, pero no los seguí.

Me acuerdo de cómo la licencia de los hackers nos permitía infiltrarnos en el cerebro digital del mundo, manipulando las redes de tecnología con ligereza.

Me acuerdo de cómo era antes de que la señal se cortara.

Me acuerdo de cómo, en la época del comercio digital, solía acceder a sistemas informáticos en busca de información privilegiada sin ser atrapado por algoritmos avanzados.

Me acuerdo de mi conciencia virtual, un entramado de datos en el aire.

Me acuerdo de trabajar en un hackathon con una inteligencia artificial que diseñaba interfaces para mejorar la

eficiencia energética en la red urbana.

Me acuerdo de un programa de jurado en el que los asistentes virtuales se enfrentaban a desafíos morales en tiempo real. Sus algoritmos aprendían rápido, pero la ética era una tarea constante.

Me acuerdo de un joven programador que favoritaba los coding boots.

Me acuerdo de un documento viejo, lleno de algoritmos y códigos oscurecidos por la tecnología.

Me acuerdo de un beso bajo el parpadeo automático en un bar en Akihabara.

Me acuerdo de estar conectado al IRC.

Me acuerdo de la lucha contra la sobresaturación digital.

Me acuerdo de cómo la televisión antigua se parecía a una caja mágica.

Me acuerdo de cuando ‘don’, el sistema operativo asistente inteligente, me dijo que era hora de actualizar mi chip emocional.

Me acuerdo de cómo la proyección digital reemplazó mis aventuras en el mundo físico.

Me acuerdo de ser un NPC en el mundo virtual,.

Me acuerdo de cómo sentía el polvo del laboratorio flotando en mi piel mientras manejaba 'Plotter' en la oficina de datos.

Me acuerdo de cuando, en una realidad alternativa, un ministro de tecnología avanzada implementó sistemas de control centralizados.

Me acuerdo de Furby, ese robot con cara de roña en mi escritorio.

Me acuerdo de cómo, en una época distante, el Taquistoscopio alteró mi percepción.

Me acuerdo de aquellos primeros años en la era del VHS.

Me acuerdo de cuando el norte se conectó a internet.

Me acuerdo de cómo el tiempo se desplegaba linealmente en la pantalla de mi viejo terminal.

Me acuerdo del éxito de la red neural que simulaba mi vida cotidiana.

Me acuerdo del incidente en la que la realidad se entrelazó con la tecnología; el AI-meustra y sus múltiples personalidades abrieron una brecha en mi percepción del mundo.

Me acuerdo de estar despierto toda la noche, navegando por el sistema informático con una computadora portátil.

Me acuerdo de howitzers cargando el aire aletargados.

Me acuerdo de los primeros días del ciberespacio.

Me acuerdo de cuando despedía el sol desde mi pantalla de ordenador.

Me acuerdo de cuando tenía un asistente virtual llamado piedra, que me ayudaba a recordar mis tareas.

Me acuerdo de cuando el ciberespacio era un lugar menos virtual.

Me acuerdo de cómo manipulaba los controles del Super Nintendo.

Me acuerdo de cómo la memoria se ha convertido en algo tangible, casi tangible; una extensión de nuestro cerebro.

Me acuerdo de jugar al Game Boy en la calle, con sus graphics pixelados y sonido monoaural.

Me acuerdo de la primera vez que sentí el viento en mi cara mientras conducía por las calles neonadas de la ciudad.

Me acuerdo de rey, una aplicación genial que nos conectó a través del cloud computing.

Me acuerdo de la solución que encontré en el código.

Me acuerdo de la imagen digital que representaba a mi avatar en la red, un cyborg con una armadura neurológi-

ca que le permitía dominar el cyberespacio.

Me acuerdo de cómo las ciudades se desvanecían en niebla digital, sus edificios pixelados reemplazados por imágenes de Polaroid instantáneas.

Me acuerdo de cuando, como niño, me maravillaba jugar con componentes electrónicos obsoletos y encontrar circuitos ocultos en nuestra casa.

Me acuerdo de ser un programador asiduo, siempre conectado al sistema, mi único lugar de paz.

Me acuerdo de cómo la protección digital se ha convertido en un segundo hogar.

Me acuerdo de la credencial, ese objeto digital que me otorgaba acceso a redes y sistemas informáticos.

Me acuerdo de cuando conecté al neuralink.

Me acuerdo de cómo el motor de mi motocicleta eléctrica vibraba en la oscuridad del túnel.

Me acuerdo de los tubos nixie del anciano.

Me acuerdo de estar en mi PC, navegando por las calles de la metrópoli, buscando inspiración.

Me acuerdo de los hologramas retrovisorios de la ciudad.

Me acuerdo de ser un programador de código limpio.

Me acuerdo de cómo el NPC de la realidad virtual siempre me superaba en juegos de estrategia y lo irritante que era no poder vencerlo.

Me acuerdo de la tristeza que sentía al enterarme de que mis datos personales habían sido hackeados, y cómo la tecnología se ha apoderado de mi vida.

Me acuerdo de conectarme al viejo modem para jugar juegos retro.

Me acuerdo de cuando conectaba a Relay.

Me acuerdo de la ciudad futura, donde los edificios se alzaban como gigantescas computadoras.

Me acuerdo de cuando, en medio del ajetreo digital, intenté deslizarle a un tipo su arnés tecnológico; lo malo fue que al final no se trató de un arnés verdaderamente tecnológico.

Me acuerdo de cómo era mi primer día en el mundo virtual “UniverSOS”

Me acuerdo de la sensación de irre realidad al usar el AR para sentir las flores en mi solapa, cada pétalo con un sabor digital y texturas hiperreales.

Me acuerdo de un hacker solitario.

Me acuerdo del castigo digital, los algoritmos que rigen

nuestras vidas.

Me acuerdo de cuando era adolescente y me encantaba usar el Dingbot para chatear con mis amigos.

Me acuerdo de la dirección trazada por mi AI asistente mientras investigaba sobre técnicas de limpieza.

Me acuerdo de cuando Netscape Navigator reinaba en la navegación y los hacktivistas eran héroes.

Me acuerdo de cómo sentía el pie en la acera mientras observaba los drones del alba.

Me acuerdo de usar technology-enabled virtual reality para curar mi cuerpo en un hospital, evitando así la humedad y los olores desagradables.

Me acuerdo de la llamada del viejo móvil, su pantalla mate y retroiluminada, los botones que daban pulsaciones electrónicas y cómo se conectaba a Internet para traer noticias y juegos al mundo digital.

Me acuerdo de la vez que destrocé mi Super Nintendo intentando conectarlo a la red.

Me acuerdo del testigo digital donde mi memoria se desliza en un stream de consciencia: “La puerta se abrió con un sonido que resuena como una canción en el fondo del océano.”

Me acuerdo de llamar a la Inteligencia Artificial desde mi

teléfono, pidiendo una vista panorámica de la ciudad.

Me acuerdo de cuando construí un robot para ganar una competencia; utilicé partes robóticas de metal inoxidable para aumentar su “verdura”.

Me acuerdo de cuando usé el autobús para llegar al festival de ciencia ficción.

Me acuerdo de cuando, durante una noche de lluvia en la ciudad, vi a un grupo de hackers inconscientes.

Me acuerdo de sentir el poder del ciberespacio en mis manos.

Me acuerdo del llanto cibernético en la noche.

Me acuerdo de cómo era la ciudad cuando las calles estaban hechas de papel digital.

Me acuerdo de nieta, una experta en tecnología artificial.

Me acuerdo de cuando imaginé una red neuronal que mapeaba mi inconsciente.

Me acuerdo de la canción que sonaba en los altavoces de los supermercados, mientras los robots nos observaban.

Me acuerdo de un programa informático, ‘Traductor’, que me permitió explorar el mundo virtual a través de referencias tecnológicas. Cada vez que lo abría, era como si estuviera sumergiéndome en un universo paralelo, con

su propia lógica y estructura.

Me acuerdo de mi vecino, un programador que inventó un chip para monitores oculares.

Me acuerdo de haber navegado por archivos virtuallys.

Me acuerdo del año en el que los monocordes y las pantallas holográficas invadieron nuestras vidas,.

Me acuerdo de los registros que guardaba mi vieja computadora.

Me acuerdo de cuando, en un mundo de calificación, hacktivists y redes sociales controladas, alguien me dijo: “Ven tal como estás”.

Me acuerdo de cómo el poder se sentaba tan cómodamente en mi piel mientras programaba códigos engañosos en la sombría neblina digital.

Me acuerdo de la vez que creé un programa genial para hackear sistemas operativos, pero lamentablemente nunca lo utilicé en nada.

Me acuerdo de mi esposa, obsesionada por la tecnología y su impacto en nuestra vida sexual. Ella quería que probase un dispositivo avanzado, pero no tenía ni idea de cómo usarlo correctamente, aparte de moverlo un poco de aquí para allá.

Me acuerdo de cómo noticiaría la revolución tecnológica

en mi distópico mundo cyberpunk.

Me acuerdo de cuando el mundo era más simple.

Me acuerdo de la nostalgia que sentía cuando me conectaba a la red neural con un dispositivo obsoleto, tipo cable coaxial y módem.

Me acuerdo de cómo sentía la piel ardiente cuando tocaba el teclado, rodegado por las ondas de 'fe'.

Me acuerdo de cómo el sol se reflejaba en los neones de la ciudad.

Me acuerdo de un mundo donde la tecnología iba de la mano con el arte.

Me acuerdo del éxito que tuve creando la última red neural con algoritmos autoeducativos, pero sólo en azul, rojo y verde, para una fábrica virtual de Tulsa que producía chips avanzados.

Me acuerdo de cómo el hombre interactuaba con la realidad virtual, mientras los drones volaban en lo alto del skyline digital.

Me acuerdo del televisor de tubo, cuando las imágenes eran granulosas y las computadoras tenían cinturones de oro.

Me acuerdo de una vez en la que registré minuciosamente cada detalles de los anuncios de registros de vehículos

de la Agencia Nacional de Transporte.

Me acuerdo de la energía que desprendían los primeros ordenadores personales.

Me acuerdo de eso, el programa operativo interactivo; en su ciclo vital, desde sus albores de block chain hasta su hibernación.

Me acuerdo de cómo era la vida antes del papel digital, cuando las noticias se compartían en murmuradores y los datos se almacenaban en discos gigantes.

Me acuerdo de cómo la televisión, en su forma más primitiva, se había convertido en mi obsesión.

Me acuerdo de cuando, durante una cena digital, accedí al sistema operativo del restaurante y descubrí que todos los platos eran espías.

Me acuerdo de la vez que corrí en la arena, desafiando las restricciones de velocidad en mis zapatillas inteligentes.

Me acuerdo de olvidar el futuro en una red caótica de algoritmos.

Me acuerdo de estar despierto durante el amanecer, observando los datos fluyos de la realidad virtual en tiempo real.

Me acuerdo de estar en una sala de chat público, con cientos de monitores alineados.

Me acuerdo de cuando un mercadeante digital te vendía la ilusión de una realidad alterna.

Me acuerdo de cómo el Pager vibraba en mi bolsillo.

Me acuerdo de cuando era más joven, en un aeropuerto cargado de tecnología futurista.

Me acuerdo de los años en el pasado donde las computadoras eran simples herramientas, en comparación con nuestro límite actual, donde la inteligencia artificial nos supera en muchos aspectos.

Me acuerdo de cuando Diodo me conectó al network global para encontrar información sobre un nuevo tipo de artefacto llamado 'memfia'. Las referencias tecnológicas en el código abierto parecían prometedoras, pero había una serie de desafíos por superar.

Me acuerdo de descubrir, por casualidad, una app que transformaba mis pensamientos en poesía.

Me acuerdo de la ruta trazada en el código binario.

Me acuerdo de ser un programador en un mundo donde la realidad era una construcción de bits, donde las nubes eran el cielo digital y las redes, el tejido de nuestras vidas.

AI Remember
Roni Bandini, Abril de 2025
Licencia Copyleft